

nos atrevíamos á avanzar tan cerca del general; pero cuando estuvo cerca de Pierrot y distinguió con claridad sus facciones, se quitó de súbito la montera galoneada de oro y se inclinó hasta el suelo, como asustado de su propia audacia, introduciéndonos ante Biasson, balbuceando mil excusas, á las que Pierrot solo respondió con desdeñosos gestos.

El respeto que los soldados negros tributaban á Pierrot no me habia sorprendido, pero al ver que Candi, que era uno de los principales oficiales, se humillaba de ese modo ante el esclavo de mi tío, comenzaba á preguntarme qué graduacion tendria en el ejército ese hombre cuya autoridad parecia ser inmensa. Pero mucho mayor fué mi admiracion cuando ví al generalísimo, que estaba solo en el momento que entramos, levantarse precipitadamente al ver á Pierrot y, disimulando su inquieta sorpresa y su violento despecho bajo las apariencias de profundo respeto, inclinarse humildemente ante mi compañero y ofrecerle su trono de caoba. Pierrot lo rehusó.

—Juan Biasson, le dijo, no he venido aquí á ocupar vuestro sitio, sino solo á pedir una merced.

—Alteza, respondió Biasson, redoblando sus saludos; sabeis que podeis disponer de todo cuanto de mí dependa, de todo lo que me pertenezca, de mí mismo.

El título de *alteza* que el generalísimo daba á Pierrot aumentó todavía mi asombro.

—No quiero tanto, repuso vivamente Pierrot; solo os pido la vida y la libertad de este prisionero.

Me señaló con la mano; Biasson quedó perplejo por un momento, pero pronto salió de su embarazo.

—Affige vuestra *alteza* á su servidor, exigiéndole más de lo que puede conceder. Este blanco no es prisionero de Juan Biasson, no pertenece á Juan Biasson y no depende de Juan Biasson.

—Qué quereis decirme? le preguntó Pierrot con gravedad. ¿De quién depende, pues? ¿Hay aquí poder superior al vuestro?

—Sí, *alteza*.

—Cuál?

—Mi ejército.

El tono zalamero y astuto con el que el generalísimo eludia las preguntas altivas y francas de Pierrot, anunciaba que estaba decidido á no concederle otros respetos que los que tenia por obligacion.

—Vuestro ejército? ¿pues no sois su jefe?

Biasson, conservando su actitud de aparente inferioridad, respondió con fingida sinceridad:

—¿Cree vuestra *alteza* que sea posible mandar á hombres que solo se rebelan por no obedecer?

Daba yo ya poca importancia á mi vida para desmentir al generalísimo; pero la autoridad ilimitada sobre sus hordas, que él me hizo ver la víspera, me daba ocasion para contradecirle y para descubrir por completo su doblez. Pierrot le replicó:

—Pues bien; si no sabeis mandar á vuestro ejército, si vuestros soldados son jefes, ¿qué motivos de odio pueden tener contra este prisionero?

—Buckmann acaba de morir á manos de las tropas del gobierno, dijo Biasson, dando á su rostro feroz y burlon aire de tristeza, y los míos han resuelto vengar en este blanco la muerte del jefe de los negros cimarrones de la Jamaica: quieren oponer trofeo á trofeo y que la cabeza de este jóven oficial sirva de contrapeso á la cabeza de Buckmann en la balanza en la que el *bon Dieu* pese á los dos partidos.

—¿Cómo podeis consentir semejantes represalias? le objetó Pierrot. Escuchadme, Juan Biasson; esas crueldades son las que perderán nuestra justa causa. Estuve prisionero en el campamento de los blancos, del que conseguí escaparme, é ignoraba la muerte de Buckmann, que ahora me haceis saber. Esa muerte es un justo castigo del cielo á sus crimenes. Voy á daros otra noticia: Jeannot, ese jefe negro que sirvió de guia á los blancos para atraerlos á la emboscada de Doma-Mulatos, Jeannot tambien acaba de morir. Sabeis—nome interrumpais, Biasson—que él rivalizaba en cometer atrocidades con Buckmann y con vos; pues atended á lo que voy á deciros: no fué el rayo del cielo ni tampoco fueron los blancos los que le dieron muerte; Juan Francisco fué el autor de este acto de justicia.

Biasson, que escuchaba con profundo respeto, hizo una exclamacion de sorpresa. En este momento entró Rigaud, saludó profundamente á Pierrot y habló bajo al oido del generalísimo. Se oia grande agitacion por fuera del campamento. Pierrot continuó:

—Sí, le mandó matar Juan Francisco, que no tiene otro defecto que dejarse arrastrar por el lujo y la ridiculez del coche tirado por seis caballos, que le lleva todos los dias á oír la misa que

dice el cura del rio Grande; Juan Francisco ha castigado la crueldad de Jeannot. A pesar de las cobardes súplicas del malvado, y aunque en su postrera agonía se asió al cura de la Marmelade, encargado de prepararle á bien morir, con tal terror, que fué preciso arrancarle á la fuerza, ese mónstruo fué fusilado ayer, al pié mismo del árbol erizado de ganchos de hierro en que colgaba vivas á sus víctimas. ¡Biasson, medita este ejemplo! ¿De qué sirven esas crueldades que impelen á los blancos á la ferocidad? ¿Por qué valerse de ridículas juglerías para excitar el furor de nuestros desgraciados compañeros, harto exasperados ya? Hay en Trou-Coffi un charlatan mulato llamado Romana la Profetiza, que fanatiza á una tropa de negros, profana la santa Misa y les persuade que está en relaciones con la Virgen, cuyos supuestos oráculos escucha, poniendo la cabeza en el tabernáculo, é impele á sus compañeros al asesinato y al pillaje en nombre de María.

Habia más expresion de ternura que de veneracion religiosa en el modo con que Pierrot pronunció este nombre. No sé por qué me sentí ofendido é irritado.

—Sé, prosiguió Pierrot, que teneis en vuestro campamento un obi charlatan como Romana la Profetiza. No ignoro que teniendo que manejar un ejército compuesto de hombres de todos paises y de todos los colores, necesitais de un vínculo comun; ¿pero este vínculo solo podeis hallarle en el fanatismo feroz y las supersticiones ridículas? Creedme, Biasson, los blancos son menos crueles que nosotros. He visto á muchos colonos defender la vida de sus esclavos; no se me oculta que no lo hacian por salvar la vida de un hombre, sino por salvar una cantidad muchas veces; pero al menos su propio interés les dotaba de una virtud. No seamos menos clementes que ellos, que tambien nos lo aconseja nuestro propio interés. ¿Será nuestra causa más justa y más santa si exterminamos á las mujeres, si despedazamos á los niños, si atormentamos á los viejos, si quemamos á los colonos dentro de sus habitaciones? Pues estas son, sin embargo, nuestras habituales proezas. ¿Es justo, respondedme, Biasson, que el único vestigio de nuestro paso sea siempre un surco de sangre ó surco de fuego?

Pierrot calló. El brillo de su mirada y el acento de su voz daban á sus palabras una fuerza de conviccion y de autoridad imposibles de reproducir. Como zorra

cogida por el leon, Biasson, inclinando oblicuamente los ojos al suelo, parecia buscar alguna astucia para escapar del poderío de Pierrot. Mientras meditaba, el jefe de la banda de los cayos, Rigaud, que la víspera vió con serenidad comerse tantos horrores en presencia suya, se indignaba de los atentados que enumeraba Pierrot, y exclamaba con hipócrita consternacion:

—Dios mio! ¡de lo que es capaz un pueblo enfurecido!

### XLIII.

Aumentábase entre tanto el rumor exterior, y Biasson parecia estar inquieto. Más tarde supe que este rumor provenia de los negros del Morne-Rouge, que recorrían el campamento anunciando el regreso de mi libertador, manifestando deseos de secundarle, cualquiera que fuese el motivo que le trajera á ver á Biasson. Rigaud vino á enterar al generalísimo de esto, y el temor de una escision funesta determinó al astuto jefe á la especie de concesion que acordó á los deseos de Pierrot.

—Alteza, contestó con mal reprimido despecho: si nosotros somos severos con los blancos, vos lo sois con nosotros. No teneis razon de hacerme responsable de la violencia del torrente por que me arrastra. Pero en fin, ¿qué puedo hacer ahora para complaceros?

—Ya os lo he dicho; consentid en que me lleve este prisionero.

Biasson quedó un instante pensativo, y exclamó en seguida, dando á la expresion de su rostro la mayor dosis de franqueza que pudo:

—Voy á probaros, alteza, que deseo complaceros. Permitid solo que le diga en secreto dos palabras al prisionero; luego quedará en libertad de seguiros.

—Pues bien, decídselas, respondió Pierrot, y su rostro, hasta entonces altivo y descontento, se puso radiante de alegría. Se separó de mí algunos pasos para que me hablase en secreto el generalísimo.

Llevóme Biasson á un rincon de la gruta y me dijo en voz baja:

—No puedo concederte la vida más que con una condicion... tú ya la sabes... La aceptas? Entonces me enseñó el despacho de Juan Francisco. Consentir en lo que me pedia me parecia una bajeza.

—No, le respondí.

—Hola! repuso con risa feroz; ¡siempre

tan terco!... Confías en tu protector? ¿Le conoces?

—Sí, le respondí con rapidez; es un monstruo como tú, pero más hipócrita aun.

Irguióse con asombro, procurando adivinar en mis ojos si hablaba yo con seriedad.

—Cómo! me dijo; no le conoces?

—No reconozco en él, le contesté desdenosamente, más que un esclavo de mi tío llamado Pierrot.

Volvió la risa habitual de Biasson á abrir sus labios.

—Cosa más rara! exclamó: me pide tu vida y tú dices que es un monstruo como yo.

—Qué me importa! le respondí. Si obtengo un momento de libertad no será para pedirle mi vida, sino la suya.

—Esto qué significa? dijo Biasson. Pareceme que dices lo que sientes, porque no supongo que quieras jugar con tu vida. Hay en todo esto algo que yo no comprendo. Te protege un hombre que tú odias; pleitea por salvar tu existencia y tú deseas su muerte. Por otra parte, esto no me importa. Deseas un momento de libertad y eso es todo lo que puedo concederte: te dejo en libertad de seguirle, si me das tu palabra de honor de volver á entregarte en mis manos dos horas antes de ponerse el sol. Eres francés, ¿no es verdad?

Con franqueza os lo declaro, señores; la vida era entonces para mí una carga insoportable; me irritaba además debérsela á Pierrot, á quien las apariencias me hacían aborrecer. También acaso tuvo parte en mi resolución la idea de que Biasson no soltaba sus presas con facilidad y no consentiría nunca en concederme la libertad, y yo deseaba verme libre durante algunas horas para cerciorarme de la suerte de mi adorada María. La palabra que, confiando en el honor francés, me exigía Biasson, era un medio fácil y seguro de obtener un día más de vida, y yo se la dí.

Después de haberme comprometido de ese modo el generalísimo, se aproximó á Pierrot y le dijo:

—Alteza, el prisionero blanco está á vuestras órdenes; podeis llevároslo.

En mi vida ví tan brillantes de alegría los ojos de Pierrot.

—¡Gracias, Biasson, exclamó tendiéndole la mano, gracias! Acabais de hacerme un servicio que os autoriza á exigir de mí lo que queráis. Continúad disponiendo de mis hermanos del Morne-Rou-

ge hasta mi vuelta. Y volviéndose hácia mí, me dijo:

—Ya que eres libre, ven conmigo.

Me arrastró con extraña energía.

Biasson nos vió salir con cierto asombro que encubría mal las demostraciones de respeto con que acompañó la despedida de mi compañero.

## XLIV.

Estaba impaciente por encontrarme solo con Pierrot. Su turbación cuando le pregunté qué era de María y la insolente ternura con que se atrevió á pronunciar su nombre, habían arraigado más en mí los sentimientos de execración y de celos que germinaron en mi corazón al verle robar, al través del fuerte Galifet, á la que yo apenas podía llamar mi esposa. ¿Qué me importaban, después de esto, los reproches generosos que dirigió ante mí al sanguinario Biasson, los cuidados que le inspiraba mi vida, ni el sello extraordinario impreso en sus palabras y en sus acciones? ¿Qué me importaba el misterio que parecía envolverle, que le hacía aparecer vivo ante mi vista, cuando yo creía haber asistido á su muerte; que me le presentaba prisionero de los blancos, habiéndole yo mismo visto sepultarse en el río Grande; el misterio que trocaba el esclavo en alteza y al prisionero en libertador? De sucesos tan incomprensibles, el único claro para mí era el rapto odioso de María, esto es, un ultraje que vengar y un crimen que me pedía castigo. Los extraordinarios sucesos que presencié no bastaban para suspender mi juicio, y esperaba con impaciencia el instante en que pudiera obligar á mi rival á darme satisfacciones. Por fin llegó ese momento.

Concluimos de atravesar las triples filas de negros, que se prosternaban á nuestro paso y que gritaban, sorprendidos: *Milagro, ya no está prisionero!* No sé si se referían á mí ó á Pierrot.

Habíamos ya traspasado los últimos límites del campamento y perdido de vista, detrás de los árboles y de las rocas, los últimos centinelas de Biasson; Rask nos precedía brincando y volvía luego hasta nosotros. Pierrot caminaba de prisa; yo le paré bruscamente.

—Oye, le dije, es inútil ir más lejos; aquí ya nadie puede oírnos: ¿qué has hecho de María?

Agitación concentrada hacia temblar mi voz.

## XLV.

—Oh, siempre lo mismo! exclamó mirándome con dulzura.

—Sí, siempre, grité furioso, siempre! Te haré la misma pregunta hasta que exhale mi último aliento! ¿Dónde está María?

—¡Nada puede desvanecer la desconfianza que te inspiro! Ten paciencia; muy pronto lo sabrás.

—Muy pronto! Ahora es cuando yo quiero saberlo. Dónde está María? ¿Lo oyes? Responde ó... defiéndete.

—Ya te dije con tristeza que eso no puede ser. El torrente no lucha contra el manantial; salvaste tres veces mi vida; no debo pelear contigo, y aunque quisiera no podría. No hay más que un puñal para los dos.

Hablando así sacó de la faja un puñal y me lo presentó, diciéndome: Toma.

Yo estaba loco; cogí el puñal y le hice brillar en el aire, amenazando con él á Pierrot; éste no trató de evitar mi acción.

—Miserable! le dije, no me obligues á cometer un asesinato. Si no me dices al instante dónde está mi esposa, te hundo este puñal en el corazón.

Pierrot me respondió sin cólera:

—Eres dueño de hacerlo, pero te pido por el amor de Dios que me concedas una hora de vida y que me sigas. Dudas del que te debe tres vidas, de aquel á quien llamaste hermano; pero escucha, escucha: si dentro de una hora dudas todavía, mátame; para eso siempre tendrás tiempo; porque, ya ves, yo no quiero impedirlo. Te lo ruego por el nombre mismo de María...; y añadió penosamente: Por tu esposa. Si te pido una hora de tregua, no es por mí, es por tí.

Sonaban en el acento de su voz la persuasión y el dolor, y secreto presentimiento me anunciaba que quizás decía la verdad, y que el interés que le inspiraba su vida no era suficiente para dar á su voz aquella suplicante dulzura, aquella ternura penetrante. Cedió una vez más al ascendiente secreto que ejercía sobre mí, y que en aquellos momentos me avergonzaba de confesarme á mí mismo.

—Bien, le dije; te concedo el plazo de una hora y te sigo.

Quise devolverle el puñal.

—No, me respondió; guárdale, ya que desconfías de mí, pero sígueme; no perdamos el tiempo.

Seguimos nuestro camino. Rask, que durante nuestra conversación se había puesto varias veces en marcha y otras tantas había vuelto hasta nosotros, preguntándonos con los ojos por qué nos deteníamos, Rask prosiguió alegremente su carrera. Nos internamos en un bosque antiquísimo, y al cabo de cerca de media hora desembocamos en una lindísima y verde pradera, regada por agua pura, que brotaba de una roca, y limitada por la fresca vereda de los gigantescos árboles centenarios del bosque. Una caverna en cuya frente gris verdeaban multitud de plantas trepadoras, la clemátida, el bejuco y el jazmin, se abría sobre la pradera. Rask iba á ladrar, pero Pierrot le impuso silencio, y sin hablarme me cogió la mano y me introdujo en la caverna.

Una mujer, vuelta de espaldas á la entrada, estaba sentada en la gruta, sobre un tapiz de estera. Al ruido de nuestros pasos volvió la cabeza: amigos míos, era María!

Vestia traje blanco, como el día de nuestra boda, y llevaba aun en la cabeza la corona de flores de azahar, último adorno virginal de la joven esposa, que mis manos aun no habían desprendido de su frente. Ella me apercibió, lanzó un grito y cayó en mis brazos, loca de alegría y de sorpresa. Yo estaba loco también de júbilo.

Al oír el grito, una anciana, que llevaba un niño en brazos, salió de repente de lo más hondo de la caverna: era la nodriza de María, y el niño el último hijo de mi desventurado tío. Pierrot había ido á buscar agua al manantial inmediato y arrojó algunas gotas al rostro de María, cuya frescura la hizo volver en sí y abrir los ojos.

—Leopoldo! exclamó; mi Leopoldo!

—María! le respondí, y el resto de nuestras palabras se acabó en un beso.

—Pero no delante de mí! exclamó una voz desgarradora.

Levantamos los ojos y vimos á Pierrot, que estaba allí, en pie, asistiendo á nuestras caricias como á un suplicio; palpitaba su hinchado pecho y helado sudor caía en gruesas gotas de su frente; todo su cuerpo temblaba. De repente ocultó el rostro entre las manos y huyó lejos de la gruta, repitiendo con terrible acento: *Pero no delante de mí!*

María levantó la cabeza, que tenía reclinada en mi pecho, y exclamó, siguiéndole con la mirada:

—Dios mio! Parece, Leopoldo, que nuestro amor le haga daño. ¿Crees que me ame?

El grito del esclavo me habia probado que era mi rival, pero la exclamacion de María me probaba que tambien era amigo mio.

—María, la dije, y felicidad desconocida entró en mi corazon, al mismo tiempo que mortal pesadumbre; ¿lo ignorabas?

—Lo ignoro todavía, me contestó ruborizándose. ¡Me ama y yo no me habia apercibido de ello!...

Embriagado de ventura la estreché sobre mi corazon.

Vuelvo á encontrar á la esposa y al amigo, exclamé. ¡Qué feliz soy y qué culpable! Yo que dudaba de él!

—Cómo! me contestó María asombrada; dudabas de él! De Pierrot!... Pues sí; eres muy culpable. Le debes dos veces mi vida, y acaso más, añadió bajando los ojos. Sin su auxilio, el cocodrilo del rio me hubiera devorado; sin él, los negros... Pierrot me arrancó de sus manos en el momento en que iban á matarme, como á mi desgraciado padre.

Al decir María estas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y por qué, la pregunté, Pierrot no te envió al Cabo á reunirse con tu esposo?

—Lo intentó, pero no pudo, porque viéndose obligado á ocultarse de los negros y de los blancos, su situacion era muy difícil. Además, ignorábamos qué era de tí. Algunos aseguraban haberte visto caer muerto, pero Pierrot afirmaba que no, y yo estaba segura de que decia la verdad, pues si tú hubieras muerto, creo que yo hubiese muerto tambien al mismo tiempo.

—Pierrot te trajo aquí?

—Sí, Leopoldo; solo él conoce esta gruta solitaria; él salvó, al mismo tiempo que á mí, al resto que quedó de la familia, á mi hermanito y á la pobre nodriza, y nos ocultó aquí. Puedo asegurarte que es cómodo este albergue, y á no ser porque la guerra pone en movimiento á todo el pais, ahora que estamos arruinados me complaceria vivir aquí contigo. Pierrot atendia á todas nuestras necesidades; venia muchas veces y siempre llevaba en la cabeza una pluma encarnada. Me consolaba, me hablaba de tí y me aseguraba que te volveria á ver. Hacia ya tres dias que se ausentó de aquí y ya su tardanza me inquietaba, cuando le he visto volver contigo. ¿Fue, pues, á buscarte?

—Sí, le contesté.

—¿Pero cómo es que se ha enamorado de mí? estás seguro de ello?

—Ahora no me cabe duda, la contesté. Él fué el que estuvo á punto de matarme y no lo hizo por temor de afligirte; él era el trovador nocturno del pabellon del rio.

—Será verdad! repuso María con cándida sorpresa. Es tu rival!... ¡El hombre malo á quien yo detestaba es el buen Pierrot! Apenas puedo creerlo. Es conmigo tan humilde, tan respetuoso, más que cuando era nuestro esclavo. Algunas veces me mira con aire singular, es cierto, pero en su rostro solo se refleja la tristeza, y yo la atribuia á compasion por mis desgracias. ¡Si supieras con qué entusiasmo me hablaba de tí! Su amistad me hablaba de tí casi como habla mi amor.

Las explicaciones de María me encantaban y me entristecian á la par, porque me recordaban la crueldad con que traté al generoso Pierrot y me hacian comprender toda la fuerza de su reproche tierno y lleno de resignacion, *no soy yo el ingrato.*

En este instante entró Pierrot. Su fisonomía revelaba sentimiento profundo y doloroso; parecia un desgraciado que vuelve del tormento y que le ha podido resistir. Avanzó hasta mí á pasos lentos y me dijo con voz grave, señalándome el puñal que brillaba en mi cintura:

—Ya ha pasado la hora.

—Qué hora? le pregunté.

—La que me concediste; era el tiempo preciso que necesitaba para conducirte aquí. Entonces te supliqué que me concedieses la vida; ahora te pido que me la quites.

Los sentimientos más tiernos del corazon, el amor, la amistad y la gratitud, se unian en aquel momento para desgarrármelo, y caí á los piés del esclavo sin poder articular una palabra, sollozando amargamente.

—Qué haces? me dijo levantándose precipitadamente del suelo.

—Te tributo el homenaje que te debo; no soy digno de disfrutar de una amistad como la tuya; tu generosidad no debe llegar hasta el extremo de perdonarme mi ingratitud.

Su rostro conservó algunos momentos su ruda expresion, como si su alma sufriera violentos combates: dió un paso hácia mí y retrocedió: abrió la boca para hablar, pero se calló. Esta incertidum-

bre duró poco rato: abriéndome al fin los brazos, me dijo:

—Puedo ahora llamarte hermano?

Mi respuesta fué estrecharle cariñosamente sobre mi corazon.

Despues de ligera pausa, él añadió:

—Tú eres bueno, pero la desgracia te hizo injusto.

—He vuelto á encontrar á mi hermano, le dije; ya no soy desgraciado, pero culpable sí.

—Culpable! hermano mio. Yo tambien lo fui, y más que tú. ¡Tú ya no eres desgraciado; yo siempre lo seré!

## XLVI.

La alegría que los primeros transportes de la amistad hicieron brillar en su semblante se desvaneció, y sus facciones adquirieron expresion de tristeza.

—Escucha, me dijo con frialdad; mi padre era el rey en el pais del Congo. Administraba justicia á sus vasallos en el dintel de la puerta de su casa, y á cada sentencia que pronunciaba bebia, segun la costumbre de los reyes anteriores, una copa llena de vino de palmera. Vivíamos felices y poderosos. Llegaron allí unos europeos, y de ellos adquirí esos conocimientos fútiles que te han admirado. Su jefe era un capitán español; prometió á mi padre paises más vastos que los suyos y mujeres blancas, y mi padre le siguió con toda su familia. Hermano mio, los europeos nos vendieron!

Hinchóse el pecho del negro y sus ojos chispeaban; hizo pedazos maquinalmente unas tiernas ramas de un níspero que estaba junto á él, y luego prosiguió:

—El rey del pais del Congo cayó en poder de un amo, y el hijo dobló la cerviz, bajo el yugo de la esclavitud, en los campos de Santo Domingo. Separaron al hijo del padre, para domarlos mejor; robaron al esposo la jóven esposa, para sacar más provecho de entrambos, uniéndolos á otros hombres y á otras mujeres. Los niños buscaron á la madre que los habia criado y al padre que los bañaba en los torrentes, y solo encontraron bárbaros tiranos, que les hicieron dormir entre perros.

Calló; sus labios temblaban, su mirada era fija y delirante, y asiéndome el brazo con fuerza sobrenatural, me dijo:

—Hermano mio, me escuchas? Fui vendido á diferentes amos, como una vaca ó como un cordero. ¿Te acuerdas del suplicio de Ogé? Pues bien, aquel mismo dia volví á ver á mi padre, pero

le ví sufriendo el tormento de la rueda!...

Me estremecí de horror al oirle; él continuó:

—A mi mujer la obligaron á prostituirse á los blancos, y murió pidiéndome que la vengase. Yo tambien fui culpable, dijo bajando los ojos; he sido culpable, amé á otra... pero pasemos adelante. Todos los negros me instaban á la rebelion, para conseguir su libertad y su venganza, y Rask me traia sus mensajes. Imposible me era satisfacerles, hallándome prisionero por la acusacion de tu tío. El dia que obtuviste mi perdon fui á arrancar á mis hijos de las manos de un amo feroz; llego, y el último de los descendientes del rey congo acababa de espirar, á causa de los golpes mortales que le asestó un blanco; los otros hermanos habian perecido antes.

Interrumpióse al llegar aquí y me preguntó con frialdad:

—Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

Tan deplorable relato me heló de espanto, y mi respuesta fué un gesto amenazador; me comprendió y se sonrió amargamente; despues prosiguió:

—Los esclavos se rebelaron contra su amo y castigaron en él el asesinato de mis hijos. Me eligieron por su jefe, y ya sabes las desgracias que ha acarreado esta rebelion. Supe que los esclavos de tu tío se disponian á imitar este ejemplo, y llegué al Acul la noche misma de la insurreccion. Tú estabas ausente. Tu tío acababa de ser asesinado en su propio lecho, y los negros incendiaban ya las plantaciones. No pudiendo calmar su furor, porque ellos creian vengarme incendiando las propiedades de tu tío, yo quise ver si podia salvar el resto de tu familia. Penetré en el castillo por el agujero que abrí durante mi prision; confié la nodriza á un negro fiel, y me costó mucho el poder salvar á María, porque ésta habia acudido á la parte incendiada del castillo, para sacar de allí al más tierno de sus hermanos, el único que vivia aun, y estaba rodeada de negros que querian matarla. Presentéme entonces y les dije que me dejasen tomar la venganza por mi mano, y al oir esto se retiraron. Tomé á la jóven en mis brazos, confié el niño á Rask y deposité á los dos en esta caverna, que yo solo conocia. Hermano, hé aquí mi crimen.

Cada vez más hostigado por el remordimiento y por la gratitud, quise arrojarme otra vez á los piés de Pierrot, pero él lo impidió.

—Vamos, pues, dijo despues de un momento, cogiéndome la mano; toma del brazo á tu mujer y partamos los cinco.

Sorprendido le pregunté dónde queria llevarnos.

—Al campamento de los blancos, me respondió; este retiro ya no es seguro. Mañana al rayar el dia los blancos atacarán el campamento de Biasson, y acaso empezarán por incendiar el bosque. Además, no podemos perder un momento; diez cabezas responden de la mia. Podemos apresurarnos, porque tú eres libre y yo no lo soy.

Estas palabras aumentaron mi sorpresa y pedí que me las explicara.

—¿No has oído decir que Bug-Jargal ha caído prisionero?

—Sí; ¿pero qué tienes que ver tú con Bug-Jargal?

Sorprendióle también mi pregunta y me respondió con gravedad:

—Yo soy Bug-Jargal.

#### XLVII.

Estaba yo habituado, por decirlo así, á que me sorprendiera aquel hombre. Con admiración ví un momento antes el esclavo Pierrot transformarse en rey africano, pero mi admiración llegó á su colmo al reconocer en él ahora al temible y magnánimo Bug-Jargal, jefe de los rebeldes del Morne-Rouge; y me explicaba satisfactoriamente las deferencias que guardaban todos los rebeldes, y hasta el mismo Biasson, al rey del Congo; pero él no pareció advertir la impresión que produjeron en mí sus últimas palabras.

—Me dijeron que estabas prisionero en el campamento de Biasson y fuí á libertarte.

—¿Por qué no me dijiste entonces que tú no disfrutabas de la libertad?

Fijó los ojos en mí como tratando de averiguar la causa de mi sencilla pregunta.

—Escucha: esta mañana estaba yo prisionero en el campamento de los blancos, y allí oí decir que Biasson había anunciado su intención de matar, antes de ponerse el sol, á un joven prisionero llamado Leopoldo de Auvernery. Doblaron la guardia que me custodiaba, y supe que mi ejecución seguiria á la tuya, y que si me evadía, diez de mis compañeros responderían por mí... Ya ves que debo tener prisa.

—Conque te escapaste?

—Ya ves que estoy aquí. ¿No era preciso salvarte? No te debo yo la vida? Vamos, sígueme ahora. Estamos á una hora de marcha del campamento de los blancos y del campamento de Biasson. Mira; ya crece la sombra de los cocoteros y su redonda copa se ve sobre la yerba como el huevo enorme del condor; dentro de tres horas ya se habrá puesto el sol. Vamos, que el tiempo urge.

¡Dentro de tres horas ya se habrá puesto el sol! Estas palabras tan sencillas me helaron como una fúnebre aparición, pues me recordaron la palabra de honor que dí á Biasson. Al encontrar á María no pensaba ya en nuestra separación eterna y próxima; ciego, loco de amor, perdí enteramente la memoria y me olvidaba de mi muerte en el seno de la felicidad. Las palabras de mi amigo me recordaron mi desgracia. *Dentro de tres horas ya se habrá puesto el sol*, y necesitaba una hora para ir al campamento de Biasson. Mi deber era imperioso; el bandido me exigió palabra de honor, y prefería morir antes que dar á ese bárbaro el derecho de despreciar lo único en que abrigaba confianza aun; en el honor de un francés. La alternativa era terrible; pero preferí lo que debía preferir, y lo confieso, señores, vacilé un momento. Era culpable?

#### XLVIII.

Al ver que ya era preciso hacer el esfuerzo supremo, lancé un suspiro, apoderéme de una de las manos de Bug-Jargal y de otra de María, que observaba con ansiedad la tristeza que sombreaba mi rostro, y dije á mi amigo:

—Pierrot, te confío al único sér que amo en el mundo más que á tí, á María; volved al campamento los dos; yo no puedo seguiros.

—Dios mio! exclamó María, respirando apenas; otra desgracia!...

Bug-Jargal se estremeció: sus ojos expresaban dolorosa sorpresa.

—¿Qué dices?... me preguntó.

El terror que pudiera causar á María la sola idea de un infortunio, que su precursora ternura parecia adivinar, me obligaba á ocultarla la realidad y ahorrarla desgarradora despedida: me incliné al oído de Bug-Jargal y le dije en voz baja:

—Soy prisionero, y prometí á Biasson volver á su campamento dos horas antes de ponerse el sol para que disponga de mi vida.

Pierrot, colérico, exclamó con voz de trueno:

—Por eso ese mónstruo quiso hablarte en secreto, para arrancarte esa promesa; yo debí desconfiar del miserable Biasson. ¿Cómo no he previsto semejante perfidia de su parte, cuando no es negro, sino mulato?

—¿Qué dice? De qué perfidia habláis? De qué promesa? Quién es Biasson? dijo María con espanto.

—Cállate, cállate, advertí en voz baja á Bug-Jargal; no alarmemos á María.

—Bien, me contestó con acento sombrío. Pero por qué hiciste esa promesa?

—Creía que tú eras un ingrato y que no volvería á ver á María. ¿Para qué queria vivir entonces?

—Una simple palabra empeñada á un bandido como Biasson no obliga á nada.

—Es que le dí mi palabra de honor.

Parecióme que no entendia lo que esto significaba y me preguntó:

—Tu palabra de honor?... ¿Qué quiere decir eso? ¿Habeis bebido en la misma copa? ¿Habeis roto juntos una rama de arce real?

—No.

—Pues entonces, ¿dónde está tu compromiso? Qué es lo que obliga?

—Mi honor, le respondí.

—No sé lo que eso significa en este caso; pero sé que no estás comprometido con Biasson. Ven con nosotros.

—No puedo, soy esclavo de mi palabra; lo he prometido.

—Nada vale esa promesa! exclamó colérico; y luego, levantando la voz, añadió:—Hermana, unid vuestras súplicas á las mias, impedid que nos deje vuestro esposo; quiere volver al campamento de los negros, del que yo le saqué, bajo el pretexto de que ha prometido entregarse á Biasson, al jefe de los rebeldes.

—¿Qué has hecho?

Era ya tarde para impedir el efecto del movimiento generoso de Bug-Jargal. María se arrojó en mis brazos al oírle, lanzando un grito de desesperación; sus manos, cruzadas alrededor de mi cuello, la suspendían sobre mi corazón, pues quedó sin fuerzas y sin aliento.

—¿Qué dice este hombre, Leopoldo? murmuraba penosamente. ¿No es verdad que me engaña, y que en el momento en que acabamos de unirnos no querrás dejarme para correr quizás en pos de la muerte? Respóndeme al punto ó voy á caer muerta á tus piés. No tienes derecho á entregar tu vida, porque entregas

la mia al mismo tiempo. Tú no querrás separarte de mí para siempre.

—María, la contesté, no lo creas; te voy á dejar ahora, pero ya nos volveremos á ver en otra parte.

—En otra parte? repuso ella horrorizada; en dónde?

—En el cielo, la respondí, no teniendo fuerzas para mentir á aquel ángel.

Desmayóse por segunda vez, pero este desmayo lo produjo el dolor.

El tiempo urgía y mi resolución era irrevocable. Depositó á María en brazos de Bug-Jargal, cuyos ojos se anegaron en lágrimas.

—Ya que nada es capaz de detenerte, ya que puedes resistir al ruego de María, nada añadiré para conseguirlo. Por una sola de sus palabras yo hubiera sacrificado un mundo.

—Yo lo sacrificaría todo, menos el honor, le respondí.—Adios, Bug-Jargal! Adios, hermano! Te la lego.

—En el campamento de los blancos se encuentra uno de tus parientes; le entregaré á María, que yo no puedo aceptar tu legado.

Diciendo esto me señaló con la mano una cumbre que dominaba todo el pais circunvecino.

—Mira esa cumbre, me dijo; cuando aparezca en ella la señal de tu muerte, no tardará en dejarse oír el ruido que levante la mia. Adios!

Sin fijarme en el sentido que encerraban sus últimas palabras, le estreché en mis brazos, deposité un beso cariñoso en la frente de María, que empezaba á reanimarse merced á los cuidados que le prodigaba la nodriza, y huí rápidamente, por miedo á que su primera mirada ó su primera súplica me robasen las pocas fuerzas que me quedaban para cumplir con mi deber.

#### XLIX.

Huí internándome en el frondoso bosque, siguiendo en él las huellas que acabábamos de dejar sin atreverme á volver la vista hácia donde estaban María y Pierrot. Como para aturdir los pensamientos que me torturaban, corrí sin parar atravesando jarales, praderas y colinas, hasta que al fin apareció ante mis ojos en lo alto de las rocas el campamento de Biasson, con las líneas de carretones, las hileras de chozas y la muchedumbre de negros. Detúveme entonces al encontrarme en el término de mi carrera y de mi vida. El cansancio y